

Yo y mi esposa lo resistíamos; pero él insistió en que cenara mi esposa alguna cosita, y que si quería divertirse aquella noche, que se buscaría otro baile, y caso de no hallarse, lo haría en su misma casa. Nosotros agradecemos su favor, suplicándole no se empeñara en eso, pues ya era tarde.

En esto llegamos á la fonda, donde el marqués hizo poner una mesa espléndida, al modo de fonda, quiero decir, más abundante que limpia ni curiosa; pero así, y siendo sólo tres los cenadores, tuvo que pagar dos onzas de oro, que tanto le cobró el marmitón.

Así que salimos de la fonda, traté yo de despedirme; pero el marqués no lo consintió, sino que nos llevó al mesón en su coche, y se volvió á su casa.

Yo tenía un criado muy fiel llamado Domingo, que hace papel en esta historia, y éste tenía cuidado de abrirnos á la hora que veníamos, como lo hizo esa noche.

Nosotros, que ya habíamos cenado, no tuvimos más que hacer que acostarnos, aunque yo no cabía en mí de gusto, considerando la fortuna que me aguardaba con la protección de aquel caballero. Mi esposa advirtió mi desasosiego, me preguntó la causa, y la referí cuanto me había pasado con el marqués, de lo que la pobrecilla se alegró mucho, no creyendo, como ni yo tampoco, que los fines de tal protección eran contra su honestidad y mi honor.

Hay en el mundo muchos protectores como éste, que no saben dar un medio real de limosna y sacrifican sus respetos y su dinero para satisfacer su pasión. Nos recogimos y dormimos el resto de la noche tranquilamente.

Al día siguiente, á la hora prefijada por el marqués, estaba éste en casa. Justamente era día de años del rey, ó no sé qué; ello es que mi gran protector fué en un famoso coche y vestido de gala.

Nos saludó con mucho cariño y cortesía, y después de haber hecho una ligera crítica del pasaje de la noche anterior, me dijo: — Amigo, he venido á cumplir mi palabra, ó más bien á asegurar á usted en mi palabra; porque el marqués de T., lo que una vez dice, lo cumple como si lo prometiera con escritura. Diez mil pesos tengo destinados para habilitar á usted con una memoria bien surtida para que vaya con ella á la feria de San Juan de los Lagos, con el bien entendido, de que todas las utilidades serán para usted. Conque manos á la obra. ¿Qué determina usted? — Yo le dí las gracias por su generosidad, ofreciéndole que dentro de doce ó catorce días recibiría la memoria y marcharía para San Juan.

— ¿Pero por qué hasta entonces? preguntó el marqués. — Y yo le dije, que porque quería ir á llevar á mi esposa con su madre, pues en México no tenía casa de confianza dónde dejarla, ni me parecía bien

se quedara sola, fiada únicamente al cuidado de una criada.

—Muy bien pensado está lo segundo, dijo el marqués; pero tampoco puede ser lo primero, porque yo trato de favorecer á usted, mas no de perder mi dinero, como sucedería seguramente si difiriera mandar mis efectos hasta cuando usted quiere; porque vea usted, se necesitan lo menos seis días para buscar mulas y arrieros para recibir la memoria y acondicionarla. A más de esto, son menester siquiera doce días para que llegue usted á su destino; la feria no tarda en hacerse, y yo quiero que el sujeto que vaya, si usted no se determina, no pierda tiempo, sino que aligere, para que logre las mejores ventajas siendo de los primeros. Esta es mi resolución; mas no es puñalada de cobarde que no da tiempo. Voy al besamanos, y de aquí á una hora daré la vuelta por acá. Entretanto usted vea lo que determina con espacio y me avisará para mi gobierno.—Diciendo esto se fué.

¿Quién había de pensar que cuando el marqués mostraba más indiferencia en que me fuera ó no me fuera pronto de México, era cuando puntualmente apuraba todos sus arbitrios para violentar mi salida? ¡Ah, pobreza tirana, y cómo estrechas á los hombres de bien á aventurar su honor por sacudirte!

En un mar de dudas nos quedamos yo y mi esposa,

pensando en el partido que deberíamos tomar. Por una parte yo advertía que si dejaba pasar aquella ocasión favorable no era tan fácil esperar otra semejante, y más en mi edad; y por otra, no sabía qué hacer con mi esposa, ni dónde dejarla, porque no tenía casa de mi satisfacción en México para el efecto.

Mil cálculos estuvimos haciendo sin acabar de determinarlos, y en esta ansiedad y vacilación nos halló el marqués cuando volvió de su cumplido. Entró, se sentó y me dijo:—Por fin, ¿qué han resuelto ustedes?—Yo le respondí de un modo que conoció el deseo que tenía de aprovecharme de su favor, y el embarazo que pulsaba para admitirlo, y consistía en no tener dónde dejar á mi esposa. A lo que él con mucho disimulo me contestó:—Es verdad. Ese es un motivo tan poderoso como justo para que un hombre del honor de usted prescinda de las mayores conveniencias; porque en efecto, para ausentarse de una señora del mérito de la de usted es menester pensarlo muy espacio, y en caso de decidirse á ello, es necesario dejarla en una casa de mucha honra y de no menos seguridad; pues no porque la señorita no se sepa guardar en cualquiera parte, sino por la ligereza con que piensa el vulgo malicioso de una mujer sola y hermosa, y también por las seducciones á que queda expuesta; porque no nos cansemos, y usted dispense, señorita, el corazón de una dama no es invencible; nadie puede

asegurarse de no caer en un mundo sembrado de lazos, y el mejor jardín necesita de cerca y de custodia; y luego en esta México... en esta México, donde sobran tantos pícaros y tantas ocasiones. Así que, yo le alabo á usted su muy justo reparo, y desde luego soy el primero que le quitaré de la cabeza todo contrario pensamiento. Este era el camino único que yo tenía de favorecer á usted, pero Dios me libre de ser una causa ni remota de su desasosiego, ó tal vez... No, amigo, no; piérdase todo, que el honor es lo primero.

Aquí hizo punto el marqués en su conversación, y yo y mi esposa nos quedamos sin poder disimular el sentimiento que nos causó ver frustradas en un momento las esperanzas que habíamos concebido de mudar de fortuna en poco tiempo. ¡Ah, maldito interés, á qué no expones á los miserables mortales!

Mi piadoso protector era muy astuto, y así fácilmente conoció en nuestros semblantes el buen efecto de su depravada maquinación, la que tuvo lugar de llevar al cabo merced á la sencillez de mi esposa.

Fué el caso, que adolorida de ver que, aunque sin culpa, ella era el obstáculo de mi ventura, me dijo: —Pero mira, Antonio, si lo que te detiene para recibir el favor del señor, es no tener dónde dejarme, es fácil el remedio. Me iré contigo, que á bien que sé andar á caballo...—No, no, dijo el marqués, eso menos que nada.

¡Qué disparate! ¿Cómo había yo de querer que usted se expusiera á una enfermedad en una caminata tan larga? Ni era honor del señor don Antonio el permitirlo. ¿No ve usted que los hombres de bien si trabajan es porque sus mujeres disfruten algunas comodidades? ¿Cómo había de entregar á usted á los soles, desveladas, malas comidas y demás penurias de un camino largo? No, señorita, ni pensarlo. Mejor es el medio que voy á proponer, y siempre que ustedes se conformen con él, me parece que no tendrán por qué arrepentirse.

Con tanta ansia como bobería le rogamos nos lo declarara, y el marqués, sin hacerse de rogar, dijo:

—Pues, señores, yo tengo una tía, que no sólo es honrada, sino santa, si puedo decirlo. Ella es una pobre vieja, beata de San Francisco, doncella que se quedó para vestir santos y regañar muchachos; es muy rezadora y escrupulosa, de las que frecuentan el confesonario cada dos días. Su casa es un convento; pero ¿qué digo? es un poco peor. Allí apenas va una ú otra visita, y eso de viejas, como dice ella; porque *calzonudos*, según dice, no pisarán su estrado por cuanto el mundo tiene. A las oraciones de la noche ya está cerrada la casa, y la llave bajo la almohada. Sus mayores paseos son á la iglesia y á los hospitales el domingo, á consolar á las enfermas. En una palabra, su vida es de lo más arreglado y su casa puede servir de modelo al más estrecho monasterio.